

## II

## LAS ORILLAS DEL JORDÁN

*Cuyo Opio a Tulio*

Acabo de costear el Jordán, hasta el mar Muerto, por la orilla oriental, a través de las montañas de la Perea, sitios más salvajes, pero mucho más pintorescos, que los de la orilla occidental.

El mar Muerto y el de Genezaret parecen dos anchas copas llenas hasta los bordes por el mismo río, pero ¡cuán diferentes de aspecto!

El último es gracioso, risueño, perfumado como la copa del amor, y sus dulces aguas fertilizan y cubren de flores las orillas. El segundo está lleno de agua espesa y amarga como la copa del odio o de la cólera de un Dios. En vano el Jordán vacía en él precipitadamente sus limpidas ondas, que se hunden en su seno como en un abismo sin fondo, para no reaparecer jamás.

Aquella corriente sagrada y bendita, que derrama la prosperidad sobre Galilea, parece convertirse en agua maldita al caer en el mar Muerto, y siembra la desolación y la muerte sobre sus desiertas orillas.

Fenómeno verdaderamente curioso, cuyo origen me parece muy difícil de explicar si no se acepta la versión de los libros judíos, según los cuales en un día de cólera, hace próximamente quince siglos, Jehová abrió aquel abismo para precipitar en él a cinco ciudades pecadoras.

Dándome prisa a abandonar aquella desolada región, he regresado a mi hermoso lago de Galilea, siguiendo la orilla occidental del Jordán.

Desde mi ventana contemplo una graciosa y minúscula bahía, apresada entre dos cerros, como un ánfora con dos asas, y cuando llega la noche me complace ver las barquitas de blancas velas acudir a ampararse en ella,